

mente, según las épocas, pero jamás dejaba de operar. La idea de progreso constituye realmente el corazón y la inspiración central de su Filosofía de la Historia. Su mérito está en haber sido capaz de inculcar estas ideas en otros, más capaces que él de ordenarlas en un sistema coherente.—S. del C.

MAZLISH (Bruce): *History and Morality*, en «The Journal of Philosophy», LV, 6, 1958 (págs. 230-240).

Cuando Federico Schiller escribió su frase de que «la historia universal era el juicio universal», planteó un problema para los filósofos de la historia.

La posibilidad de ese planteamiento procede de la «nueva moralidad» roussoniana, al postular la disolución de la moralidad antigua y la construcción de una nueva sociedad organizada contractualmente. El paso del estado de naturaleza al estado civil produciría un cambio humano muy destacado, sustituyendo la justicia a la conducta instintiva y dando a sus acciones una moralidad antes impensada. Pero Rousseau no llegó a definir cuál sería esa moralidad. De todo modos, trasladó los fundamentos de la moralidad, desde el alma individual al alma colectiva, concepción que fué desarrollada por R. Owen y otros. El hombre, según esto, era responsable políticamente, pero no moralmente.

Pero el modo de sobrellevar esta responsabilidad era dudoso. Para Becker, el resultado no sería dado en este mundo. Entre rivales políticos sería difícil establecer un criterio judicial al respecto. Adam Smith echa de menos, con ese fin, un «espectador imparcial». De todos modos, la razón de Estado sustituirá a la razón histórica, pero no puede explicarla ni tampoco explicarse a sí misma. La reducción al absurdo de la razón histórica está comprobada en la ética comunista, que la sostiene. Lenin insiste, por ejemplo, en que la *élite* tiene la función de determinar el sentido histórico, combatiendo la noción de «espontaneidad».

La expresión de Schiller tiene el sentido de que el juicio moral es imposible fuera de una dimensión histórica, pues todo sentido moral opera dentro de un sistema vital establecido históricamente. Nietzsche sacaba el tipo ético fuera de los avatares, históricos: el superhombre

reina fuera de la historia. Pero el hombre, en Ortega y Gasset, es su historia, y la naturaleza humana es naturaleza histórica. Por tanto, la moralidad es una forma de historia: es un producto de civilización. Así, pues, la historia y la cultura han de dar juicio de esta solución, del mismo modo que juzgan a Bethoven o a Picasso, con arreglo a códigos previamente establecidos. Pero los Tamerlanes y los Hitlers no pueden juzgar a la cultura, sino que es la cultura quien los juzga a ellos. En este sentido es cierto el dicho de Schiller citado: «La historia universal es el juicio universal».—A. S.

McINERNEY (Ralph): *The teleological suspension of the ethical*, en «The Thomist», XX, 3, 1957 (págs. 295-310).

*Temor y Temblor*, de Kierkegaard, se plantea el problema de la posible inadecuación de la ética, describiendo la «suspensión teleológica de la ética absoluta»: los hombres no requieren revelación para ver las limitaciones de la ética. Las generalizaciones éticas son frecuentemente inexactas e insatisfactorias, y muchas veces confunden lo que es con lo que debe ser. El ejemplo que estudia Kierkegaard es el del mandato de Abraham.

Abraham sufre una tentación «ética», entrando en una relación directa con Dios, sin previa generalización eticista. Entonces, Abraham no depende de la regla ética general, la cual queda suspendida ante su reciente «relación directa con lo absoluto». Lo ético aparece, entonces, como la conducta inteligible para todos los hombres, y puede ser definida en principios científicos con conclusiones válidas, tales como la prohibición del homicidio.

Para Santo Tomás, los preceptos de la Primera Tabla —relación hombre a Dios— primaban sobre los de la Segunda —relación hombre a hombre—. Los preceptos segundos eran medios para los primeros, los cuales estaban directamente encaminados al último fin del hombre. Pero, de todos modos, ¿es insensata la imperación de Dios a Abraham?

El consentimiento de Abraham no significa el consentimiento de cometer un asesinato. Es claro que Isaac no era un criminal. Pero lo definitivo es que, quien ordenaba, era dueño absoluto de la vida